

II JORNADAS DE POLÍTICAS LÉSBICAS DE LA FELGT

¿Veneno o vitamina?: una visión del encuentro de la teoría queer con las lesbianas en el Estado español

Carmen G. Hernández

cho@ugr.es

Universidad de Granada

9 de diciembre de 2005

Valencia

RESUMEN:

Desde hace una década, el pensamiento denominado queer ha entrado poco a poco en determinadas esferas de la sociedad española. En esta comunicación explicaré cómo, según la interpretemos, la teoría queer puede convertirse en un planteamiento creativo pero elitista o en una herramienta accesible a muchas personas de crecimiento personal y colectivo (sobre todo a la hora de entender la diversidad o para liberarnos de imposiciones y modelos que afectan a nuestras prácticas sexuales o a nuestras identidades). Para ello, siguiendo el clásico lema feminista de “lo personal es político”, utilizaré mi propia experiencia. Desde 1998, año en que entré en contacto con la teoría queer en Estados Unidos, he resuelto muchos conflictos personales y políticos gracias a los discursos teóricos de, por citar unos ejemplos, Gayle Rubin, Judith Butler o Michel Foucault. Al mismo tiempo, he visto cómo ese discurso, en España, al plantearse a veces de manera elitista, excluyente y dogmática, aleja a muchas personas que no se mueven en los círculos autodenominados queer. Como alternativa, planteo una respuesta híbrida: el uso de un discurso postfeminista- como el queer- aplicado a cada experiencia personal, sin pretensiones de llegar a una meta determinada, respetando los procesos personales identitarios. Mi experiencia en Zona de Intensidad, un espacio crítico de debate sobre la identidad, dentro de un movimiento denominado “identitario”

por los teóricos queer (como podría ser el Col·lectiu Lambda), ayudará a confirmar lo enriquecedor que puede resultar este encuentro.

1. Diseño metodológico

Una de las mayores aportaciones de la Teoría Feminista a las ciencias ha sido cuestionar la supuesta imparcialidad inherente del investigador y el supuesto distanciamiento que debe tener quien investiga con el objeto de su investigación para dotarse de credibilidad. Asimismo, ha cuestionado la idea de que los discursos que generan estos campos de conocimiento son inocuos y objetivos. Porque no es así.

En primer lugar, quien investiga porta consigo todo un bagaje de preconcepciones sobre el mundo que le rodea. Del mismo modo que porta una agenda para su investigación. Lo importante es reconocer este hecho e informar en todo momento sobre esa agenda y cuál es su trayectoria personal y profesional si queremos evitar la manipulación. Como plantea Davydd Greenwood respecto a la antropología, “cuando uno se comporta como si efectivamente existiera una línea claramente definida entre lo profesional y lo político, el resultado es que resulta imposible impedir que la antropología resultante salga perjudicada, y al tiempo contribuye a las formas en que es utilizada para perjudicar a terceros” (195). Partiendo de esta premisa, considero fundamental explicar cuál ha sido mi trayectoria y qué pretendo al llevar a cabo al investigar la realidad de las personas lesbianas, gays, transexuales y bisexuales (LGTB).

Por un lado, esta investigación comienza hace mucho tiempo, de modo informal, cuando era adolescente y trataba de entender por qué me rodeaba una sociedad que me impedía desarrollar mi orientación sexual homosexual de un modo satisfactorio y tranquilo o que me discriminaba por ser mujer. Desde entonces he intentado encontrar respuestas a la homofobia y al machismo en distintos ámbitos: tanto académicos- la

comunicación, la literatura, la antropología- como sociales-activismo feminista y en organizaciones LGTB. En España y fuera de sus fronteras.

Con una finalidad: aportar claves racionales para erradicar la homofobia y el machismo, como un oncólogo trata de erradicar el cáncer. Esa es mi agenda. Lo cual no implica que los resultados de mi investigación no sean válidos, pues trato de usar los mecanismos de triangulación que plantea la etnografía.

En segundo lugar, respecto al distanciamiento entre investigador/a-investigado/a, la antropología ha trabajado en gran medida este aspecto. La etnografía y los distintos métodos de observación ofrecen otra manera de analizar la realidad, centrándose en casos individuales, tratando a los sujetos cara a cara, sin tener pretensión de generar discursos universales o cuantitativos.

En mi caso, la observación militante es la técnica más ética y práctica que puedo llevar a cabo cuando investigo la realidad de las personas LGTB por los motivos que he explicado anteriormente. Es un concepto de observación participante que expresa el compromiso del investigador en el ámbito que investiga. Como es el que yo tengo con mi campo de estudio, pues a la vez que investigo soy activista del movimiento de liberación sexual. Las dos facetas conviven, se enriquecen. De algún modo, cuando investigo hago activismo; y cuando hago activismo también estoy investigando. Cuando he intentado separar estas facetas, he sentido que estaba desaprovechando el tiempo. Gracias al método etnográfico he encontrado un modo de analizar la realidad que permite a la vez generar cambio social.

Más aún. La etnografía me ha aportado un mecanismo para analizar a uno de los sujetos más investigado en mi trabajo: yo misma. Como he comentado anteriormente, desde

hace quince años reflexiono sobre mi propia experiencia como mujer y lesbiana. Un proceso que ahora he podido analizar mejor gracias a lo que la antropóloga vasca Jone Miren Hernández define como autoetnografía, que “implica el compromiso paralelo de la antropóloga por una parte con su propia cultura y su comunidad- su espacio de pertenencia, su pasaporte- y, por otra, con la comunidad científica y académica- su espacio de adscripción, su credencial universitaria” (57). Siguiendo su planteamiento, voy a usar mi propia historia de vida en este ensayo como campo de estudio. Así pues, a través del auto análisis de mis vivencias voy a abordar un tema cada día más presente en nuestras asociaciones LGTB: la relación entre la teoría queer y nuestra práctica como voluntarias, activistas o simplemente, nuestra existencia como personas.

Este texto parte de un proceso de investigación que está muy relacionado con el proyecto de investigación tutelada que defendí el pasado mes de septiembre en la Universidad de Granada sobre la invisibilidad de las activistas lesbianas en la construcción de la memoria histórica del movimiento de liberación sexual español. A él le remito para entender mejor el marco teórico y la argumentación que sustenta este ensayo.

2. Mi experiencia con la teoría queer: Vitamina.

Mi relación con la teoría queer comenzó hace unos años, en 1998. Por una serie de circunstancias tuve que irme a vivir a Estados Unidos cuando acabé en España la licenciatura de Periodismo y allí, dentro del ámbito académico, empecé a leer los textos de Butler, Foucault, Wittig, y una de mis favoritas, Gayle Rubin. Era un marco teórico, unas gafas que ayudaban a analizar la realidad con una perspectiva que ampliaba la que yo traía desde España, muy fragmentada, aunque muy rica, gracias a mi paso por la Asamblea Feminista de Madrid y los estudios en Ciencias de la Información. Ese salto

teórico me ayudó como investigadora, porque pude encontrar respuestas a cuestiones que desde hacía tiempo no lograba encajar, aunque intuía su interconexión.

Pero también me aportó mucho como persona. A entender mis procesos personales, algunos de ellos traumáticos. Me ayudó a ver cómo el cuerpo, los genitales, las prácticas sexuales, la identidad de mujer y sus roles asignados, así como la identidad de lesbiana realmente son entes que no están condicionados entre sí, aunque se nos haya *machacado* para asumir que sí y lo hayamos terminado internalizando. Me explico.

Uno de los momentos más desagradables de mi vida fue el cambio corporal que vino con la menstruación a los 11 años. Odiaba esa regla, esos pechos que me molestaban al correr. Evitaba marcarlos como fuera y durante mucho tiempo llevaba ropa ancha que los tapara. Me sentía muy incómoda, pero no llegué a razonar por qué. Tenía otras preocupaciones en mi mente: darme cuenta de que me gustaban las chicas y que no tenía ni idea de cómo decírselo a los demás o incluso el cómo reconocer a otras que también se sintieran atraídas por mujeres, como yo. Pensaba que era la única. Fue acabando la adolescencia con estos conflictos y no encontré mejor respuesta que emigrar, como tantos otros LGTB, a Madrid, en 1992. Todo cambió radicalmente para bien, pero sin embargo, algo extraño seguía pasando. Era invisible en el ambiente. Mi pelo largo, la ropa que llevaba hacían un embrujo, me sentía como una extraña. Instintivamente hacía poses rudas, con la intención de “*parecer*” lesbiana, que las demás se dieran cuenta que lo era. Es una discusión que he tenido en varias ocasiones con mi amiga Raquel Platero, sobre el tema de la pluma. Ahora las cosas han cambiado mucho-quizás demasiado, porque siento que las más jóvenes ahora tienden a rechazar a la butch de toda la vida en el ambiente, y las lesbianas con melena, incluso barbies en toda regla, dominan en el ambiente y en los medios de comunicación (aunque sean personajes de ficción). Pero hasta hace una década, no. Muchas veces deseé tener más “*pluma*”, ser

más masculina, tener menos pecho y así entrar en el limitado estereotipo que dominaba el imaginario colectivo sobre la lesbiana. Para ser “visible” en todos lados, aunque eso supusiera llevarme algún insulto, porque al menos así era visible para otras lesbianas.

Sin embargo, no me corté el pelo- no sé si por temor o más bien porque no me queda muy bien corto- y seguí desarrollando mi sexualidad sin más frenos. Eso sí, mayoritariamente con mujeres femeninas como yo, algunas bisexuales, otras heterosexuales.

Sin embargo, había otro tema que me limitaba en mis prácticas sexuales lésbicas. La penetración. No me gustaba, me costaba, me dolía. Pensé que era una cuestión de gustos, pero pronto me di cuenta que no, que era otro lastre que arrastraba en ese tener que demostrar que era lesbiana *de verdad*. Inconscientemente me llevaba a la cama a Lacan y al falo, pensando que ese simple acto era toda una batalla ideológica de sumisión y dominación. Pero un día mágico, todo empezó a cambiar cuando una novia que tuve, muy masculina, sacó un dildo de un cajón y me dijo que la penetrara, que le encantaba. Eso fue una bomba silenciosa en mi cabeza, que hizo tirar muchos cimientos absurdos. Claro, para mí, imbuida de discursos muy teóricos, un dildo en aquellos momentos era un sustituto del pene, pero el tiempo, la teoría queer y otras experiencias vividas posteriormente me han hecho darme cuenta del error. Pues como dice Beatriz Preciado, “el pene es un dildo de carne”y no al revés (el dildo como un pene de plástico).

La apertura fue imparable y gracias al bagaje postfeminista que me aportó la teoría queer y otras ideas postmodernas (de la teoría postcolonial, etc.), he llegado a conectar muchas ideas. Los años de lectura, de debate, de compartir experiencias con otros hombres, mujeres y personas transgénero fueron fundamentales para entender que una

cosa son las prácticas sexuales, otra tus fantasías sexuales y otra distinta tu identidad (como lesbiana, como mujer, como lo que sea), que no necesariamente tienen que estar interconectadas. Del mismo modo que una cosa es el cuerpo, su tamaño, sus miembros, sus formas y otra tu identidad. Aunque aquí encontramos un gran escollo, lo que motiva que necesitemos generar etiquetas identitarias y unirnos alrededor de ellas: que independientemente de lo que tú consideres que eres, hay una sociedad que te encasilla, persigue y castiga si no cumples las normas de género asignadas. Da igual que yo haya separado a mis pechos del ser mujer, o considerar que mi vagina es otra parte más de mi cuerpo, como el codo o el dedo gordo del pie, porque para el resto de la sociedad esos pechos van a ser una marca de género fundamental, van a obligarme a hacer una serie de cosas, las quiera yo o no. Eso es lo que yo percibí a los 11 años: esas mamás hicieron que el mundo cambiara mi lugar, me situara en contextos que yo no deseaba. Mis amigos, mi familia me miraban y trataban de otra manera, los hombres mayores también. Y yo no podía controlarlo. Por eso los escondía. Ahora ya no. Porque aunque sigo siendo viviendo en esta dictadura patriarcal, al menos ahora sé cómo funciona todo. Y ya no responsabilizo inconscientemente a mi cuerpo por situarme en un mundo de sueldos más bajos o tener que vigilar para que nadie intente controlarlo sin mi consentimiento. Tampoco lo culpo por no haberme hecho más visible ante otras lesbianas cuando tanto lo necesitaba. Ahora lucho por cambiar el sistema para que ninguna lesbiana sienta rechazo hacia sí misma. Ni ningún gay, bisexual ni ninguna persona transexual. Ni ninguna heterosexual.

Porque otra idea importante que he conseguido aclarar es que la lucha es común, que a todos y a todas nos ataca el mismo sistema. Que todos, en modos diferentes, somos víctimas de la dictadura de género. Esa que dicta cómo debe ser nuestro cuerpo, sus órganos, su piel, su grasa, sus músculos, nuestras emociones, nuestros deseos, nuestras prácticas sexuales, nuestras relaciones. Sin duda, esto es lo más importante que he

aprendido con la teoría queer: que no puedo excluir de mi lucha a los hombres, ni a otras mujeres que tienen un cuerpo distinto al mío. Más aún, que no puedo pisarlas para construir mi camino. Porque el problema no son ellos y ellas, sino el sistema que nos separa, divide, enfrenta y nos hace creer en la falsa ilusión de la otredad como esencia. Como si realmente estuviéramos divididos en dos grupos, opuestos de modo binario. Como si cada uno de esos grupos estuviera compuesto de seres iguales. Opresores versus oprimidos, malos versus buenos. La vida no es tan simple: quien ahora es víctima puede ser victimario dentro de media hora. Y es importante que cada una de nosotras reconozca esa posibilidad. Porque la identidad es una construcción, necesaria en muchos casos, sobre todo cuando queremos erradicar la discriminación hacia los seres que se niegan a seguir determinadas normas. Pero tengamos cuidado, porque las identidades tienen límites y muchas veces queda gente fuera de ellas. Como, por ejemplo, cuando desde determinados sectores del feminismo se plantea que las mujeres transexuales no son mujeres. Pero, ¿qué es ser mujer?: ¿una cuestión de hormonas, de carne, de papeles? ¿Y ser lesbiana? ¿Quién decide cuándo se es o no? ¿Los médicos? ¿El grupo “nosotras”? ¿Pero quién compone el grupo nosotros, quién decide quién queda fuera de él? Yo lo tengo claro: cada persona decide quién es ella misma. Su identidad o el no querer identificarse. Y las demás debemos aceptarlo y respetarlo. Porque si no, pasamos a ser victimarias, opresoras. Y esa, se supone, no es la idea.

Así pues, como he expuesto, la teoría queer ha supuesto en mi vida profesional y personal una herramienta de cambio enorme. Sin embargo, también quiero llamar la atención sobre los efectos negativos, que a mi juicio, también puede generar este corpus teórico.

3. Y veneno

Por un lado, la mitificación. La teoría queer no es la panacea ni algo caído del cielo. Es una lectura hecha por anglosajones de unos textos- franceses, la mayoría- de los 70 y 80. Pero no es la única mirada. Se puede llegar a conclusiones similares- sobre la construcción de las identidades, etc.- sin necesidad de pasar obligatoriamente por los autores anglosajones. Queda mucho por investigar sobre la propia historia española, nuestros movimientos sociales (el LGTB y el feminista especialmente) y nos llevaríamos muchas sorpresas de lo que podemos hallar. Pero, sobre todo, dejaríamos de usar el contexto socio histórico de otros países como base del análisis de nuestra propia realidad. Como ocurre con la teoría queer, basada en la realidad de Estados Unidos, sobre todo.

Más aún, he visto un peligroso viraje que presenta la teoría queer como un dogma de fe, una doctrina que abrazar, una nueva identidad. Algo que me resulta chocante, pues precisamente su origen pretendía cuestionar los esencialismos, los límites que se ponen a las identidades y cómo estos límites generan situaciones de discriminación y exclusión. ¿Qué es ser queer? ¿Quién decide quién es queer?

Pero más peligroso aún me resulta observar la dialéctica binaria en algunos teóricos y autodenominados activistas queer españoles. En estos últimos años he leído una cantidad de afirmaciones contra el movimiento LGTB que no comparto en absoluto y que parten de un gran desconocimiento sobre este complejo y heterogéneo movimiento, al que muestran con una visión estereotipada. Creo que ningún activismo debería funcionar usando el eterno discurso binario- del nosotros versus ellos, de los buenos frente a los malos, los críticos frente a los asimilacionistas. Porque, bajo mi punto de vista, cae en el mismo error que critica, al no valorar los matices, las estrategias, el cambio, los ritmos, los procesos personales. Nada es blanco y negro: en definitiva, todos somos mestizos.

Personalmente, el activismo de a pie, el estar en la calle, en institutos, en charlas con personas mayores, me hizo darme cuenta del mal uso de esta teoría si se pretende sacarla de los libros y llevarla tal cual al campo de las reivindicaciones políticas en nuestro país. Primero, porque- como he comentado- parte de otro contexto social que no es el español, y hay supuestos que no se han dado en España. Aquí hay identidades que ni siquiera se han construido socialmente-como la de lesbiana-, como para pretender deconstruirlas, cuestionarlas en la arena pública sin más. Segundo, porque puede ofrecer en bandeja argumentos a los sectores más reaccionarios de esta sociedad- como en su momento hizo el movimiento antipornografía. Claro, si la identidad es construida, ¿para qué incluir la cirugía de reasignación sexual en la sanidad pública? Cuidado, no tiremos piedras a los tejados de compañeros/as que están demandando la gratuidad de ese proceso. Podremos debatirlo todo lo que queramos, pero seamos responsables con el uso y proyección que se da a nuestras palabras.

En definitiva, para mí, la teoría queer es una herramienta crítica de trabajo intelectual que puede ayudarnos a crecer a nivel personal y conjuntamente con otros compañeros/as, que puede contribuir- como herramienta postfeminista que es- a superar los límites de nuestros movimientos sociales. A ver la importancia del género, de la clase, de la etnia, de la diversidad funcional, de la orientación sexual, y entender que hay que usar todos esos criterios-y otros más- a la vez para analizar los procesos de discriminación que nos rodean. De uno en uno no podemos ver el bosque, sino el árbol. Pero si queremos entender la red compleja de interrelaciones que generan las múltiples discriminaciones, debemos ver y conocer todo el bosque. De lo contrario, podemos seguir discriminando a alguien mientras protestamos por nuestra discriminación.

No convirtamos la teoría queer en una moda de consumo más. No la idealicemos, seamos crítica con ella, porque no es el epítome del cuestionamiento de las identidades. Un año reuniéndome con mis compañeros/as del Grupo de Identidad de Género y Transexualidad del Col·lectiu Lambda fueron tanto o más enriquecedores que muchas lecturas hechas sobre la diversidad y las identidades. Aprovechemos los cuestionamientos de otras culturas que nos están llegando- anglosajonas, fundamentalmente-, pero no dejemos de mirar a nuestro alrededor también, porque tenemos mucho que aprender de nosotras mismas, de nuestro pasado, de las personas que han cimentado la senda que nosotras recorremos ahora. No esperemos a que no estén para querer escucharlas, porque será muy tarde. Investiguemos aquí, es fundamental, basándonos en nuestra historia. Escribámosla primero.

Y mientras, usemos una mirada híbrida, postfeminista, que cuestione los límites de las identidades, que nos permita ser autocríticas con nuestras estrategias pero respetando los procesos personales respecto a las identidades. Que este rico discurso sirva para crecer y no para crear nuevos guetos elitistas.

4. Mi experiencia híbrida en el Col·lectiu Lambda

Este planteamiento hacia lo híbrido es lo que llevamos haciendo en el Col·lectiu Lambda de lesbianes, gais, transsexuals i bisexuals desde hace años. Creo que el resultado es bastante positivo: la fuerza de los grupos que lo componen (en continuo crecimiento), la diversidad de los voluntarios/as y socios/as, la autocrítica interna, el elevado número de mujeres implicadas en los puestos de mayor responsabilidad (nuestra Comisión Permanente actual es paritaria y la Coordinación General la lleva una mujer), la interiorización de la problemática que sufren las personas transexuales en muchos voluntarios y activistas lgb del Col·lectiu, las conclusiones del reciente VI Congreso celebrado en febrero de 2005, para mí son una muestra de este modelo que

planteo. Hace dos años creamos la Comisión de Estudios BGLQT, Zona de Intensidad, un espacio de cuestionamiento que ha aportado y sigue aportando crítica constructiva dentro del propio colectivo a partir de la teoría queer. Hemos creado espacios internos donde hemos debatido con seriedad y compromiso los desencuentros entre géneros. Hemos visto en múltiples espacios la importancia del discurso feminista para poder abordar la homofobia y la transfobia. Hemos analizado en distintos foros cómo la identidad es una construcción y cómo es importante reflexionar sobre a quién dejamos fuera de cada categoría. Y todo ello mientras desarrollábamos un discurso de estrategias de acción política y social centrado en los derechos civiles y humanos: luchando por el reconocimiento al derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo, peleando por el reconocimiento al cambio de sexo y nombre registral y el derecho a la gratuidad del proceso de reasignación sexual de las personas transexuales. Para algunos activistas queer españoles somos unos asimilacionistas e identitarios- dicho con desprecio- por desarrollar estas estrategias. Libres son para mostrar ese rechazo visceral, pero creo que yerran en su análisis. Sobre todo, por una razón: porque consideran que el movimiento de liberación LGTB de este país es el mismo que el de EE.UU., que ha tenido la misma evolución. Y ni esto es EE.UU.-afortunadamente- ni las cosas han ocurrido de igual modo en España.

Como conclusión más urgente, creo que necesitamos desarrollar nuestros propios discursos sobre nuestra realidad, sobre la historia del movimiento de liberación sexual español y dejar de usar el paradigma norteamericano como base. Porque es un error. Y debemos ser quienes participamos en este movimiento quienes debemos ponernos manos a la obra a investigar. No podemos esperar a que otros lo hagan. Porque además, como está ocurriendo, corremos un grave riesgo: y es que la mirada androcéntrica impere en la reescritura de esa memoria.

Deconstruyamos, seamos autocríticas, pero sin tirarnos piedras sobre el tejado o en el de nuestros/as compañeros/as. No nos dejemos llevar por las modas sin conocer el fondo de lo que estamos hablando. Pensemos a quién estamos dejando fuera de nuestros discursos de cambio social. Recordemos que los factores de discriminación son transversales, que están interconectados. Leamos mucho: a Butler, Foucault, Wittig, Rubin, de Lauretis. Pero escuchemos y leamos también a quienes escriben cerca de nosotras. Debatamos, dialoguemos pero no tratemos de imponer o juzgar. Y sobre todo, por encima de todo, respetemos los procesos personales de los demás. Yo espero haberlo hecho en esta comunicación.

BIBLIOGRAFÍA

Greenwood, Davydd. "Posmodernismo y positivismo en el estudio de la etnicidad: antropólogos teorizando versus antropólogos practicando su profesión." Áreas 19 (1999): 193-210.

Hernández, Jone Miren. "Autobiografía. Autoetnografía. Autorretrato." Coords. Mari Luz Esteban y Carmen Díaz. Antropología feminista: desafíos teóricos y metodológicos. Ankulegui Sep. 1999: 53-62.

Hernández Ojeda, Carmen G. "Minoría minorizada: la invisibilidad de las activistas lesbianas en la construcción histórica del movimiento español de liberación sexual". Proyecto Investigación Tutelada. Universidad de Granada, 2005.